

Una vivencia transformadora

Cristina Duarte Chávez

El ser madre es una circunstancia normal para gran parte de las mujeres. Para mí ha sido algo extraordinario, quizá porque la experiencia de la maternidad llegó a mí a una edad algo tardía, por lo que he aquilatado este don en todo su esplendor y ha significado una total transformación de mi existencia.

Partiendo de la sorpresa y la incredulidad, he valorado el milagro de la vida, he sentido la presencia de Dios durante todo el embarazo y he vivido la transformación física y psíquica hasta culminar en una verdadera explosión de sentimientos.

El darme cuenta de que soy capaz de dar vida y llevarla dentro de mí, me elevó al rango de mujer sagrada. Sin embargo un mundo de angustia y preocupaciones me aterró: mi edad por un lado, un poco avanzada para ser madre por primera vez: 36 años; la edad de mi esposo, casi tres lustros mayor que yo, y el padecimiento de su enfermedad desde la adolescencia: epilepsia. Sentía un temor espantoso de que mi bebé naciera con algún trastorno.

Pero Dios en su infinita misericordia tenía preparado para mí el mejor regalo; el poder de la oración se convirtió en mi consuelo, en lo íntimo de mi soledad oraba sin descanso pidiendo a Dios posara su mano en la formación de mi bebé y acariciaba mi vientre con inmenso amor. Yo, la de la autoestima baja, me había transformado en una mujer de gran belleza. Seguía al pie de la letra las indicaciones de mi ginecólogo, que se había convertido en mi sostén más poderoso; lo abrumaba con preguntas y dudas que él atendía con esmero y paciencia, por eso hoy que ya no está entre nosotros estoy segura de que Dios le tenía un lugar privilegiado en el cielo.



Al llegar el sexto mes de embarazo mi bebé se dejó ver a la perfección en las imágenes del ultrasonido. El doctor preguntó si quería saber el sexo del bebé; yo sólo esperaba un bebé sano y normal y el corazón me avisaba que sería una niña, se lo dije y él lo confirmó.

Nada resulta tan placentero para mí como dormir boca abajo, hábito que tuve que abandonar. Caminaba y nadaba plácidamente por el bien de mi bebé y disfrutaba sus movimientos y la sensación del agua en mi vientre.

Justo a los nueve meses de matrimonio nació el tesoro más hermoso: una bellísima princesa que Dios me tenía destinada; al sentirla junto a mí en la mesa de partos, experimenté una inmensa alegría.

Dios no escatimó nada en mi divino regalo: Mariana es totalmente normal y sana; ningún otro nombre podía significar tanto para ella como el nombre de una madre celestial que la cobijó con su manto, unido al nombre de su abuela materna que se convirtió en gran apoyo para nosotras.

La sorpresa me rebasó; pasaba largos ratos observándola, mirando su hermosura; su perfección y encanto eran el fruto de un inmenso amor. Veía sus manos y sus pies y su carita con gran admiración, como quien disfruta de una obra de arte. El amamantarla se convirtió en una actividad sagrada. Los primeros días atenderla era una tarea titánica, pero pronto aparecieron en mí capacidades que desconocía y que después llegué a disfrutar enormemente.

Hoy, a sus tres años de edad, ella es una niña expresiva y cariñosa, que me dice con frecuencia: ¡Te quiero mucho mamá! Y yo le respondo: ¡Yo también te amo, hija!

Cuando posa sus manitas en mi cara para acercar sus labios y darme un beso, siento la magnitud de su amor. Con insistencia pide un “abacho” y yo insisto que es un abrazo de oso fuerte y lleno de amor.

Hoy mis sueños han cambiado y mis anhelos se han transformado. Hoy sé con certeza que el único y más grande amor es el de mi hija.



Ya no soy la misma mujer de antes; hoy puedo ser la más cariñosa, dulce y amorosa de las madres, capaz de mimar a mi hija de la forma más sorprendente. Pero también soy la fiera, la leona capaz de defenderla. Hoy por ella puedo enfrentarlo todo. Es la mejor razón para vivir.

Me siento una mujer plena y feliz, nada en el mundo puede superar la experiencia de la maternidad. Disfruto enormemente cada momento con mi hija.

